

allí el arte nacional, lo suscita. En otros términos: en este pueblo muy intelectual, el pensamiento puro precede al pensamiento concreto y la idea pone en conmoción á la imaginación.»

En todos los países donde se ha desarrollado la cultura ocurre lo mismo. Sólo en Persia, en Marruecos—y en España—se da el fenómeno inverso. Aquí la crítica viene como resultante inmediata de un lirismo desenfrenado. Se comienza cantando al sol, á la luna y á las estrellas; cada hijo de vecino lleva su drama dentro de la cartera; y se leen poesías *al pálido chiaror de l'astro d'or...* Luego, los más sinceros acaban por confesar irónicamente que «todo es flato». Y otros sellan sus labios con el silencio—que es también una forma de retractación—y se entregan á la amena tarea de chupar del presupuesto... En algunos, cuando la cantería lírica ha sido bien excavada, brota el manantial crítico. No me ocurre esto, puesto que en mí marchan paralelamente la crítica y la lírica, sin que la una obstruya á la otra. Nunca se me ha desarrollado el instinto crítico á expensas de la inspiración poética. Soy á la vez un candoroso adolescente y un lector sagaz y aficionado al comento de los libros que caen en mis manos. Saber qué tendencia representa en la lírica española Campoamor, verbigracia, no me veda sentir la poesía de los trenes expresos... como aquel que cantó el poeta de las *Doloras*.

Sintetizando mis afirmaciones críticas acerca de Rubén Darío, vengo á resumir así: a) El poeta de *Azul* no es el poeta de América, porque en él no hay poesía local, *climatológica*, si podemos decirlo así, ruralista; aunque en algunas poesías de última hora ha cantado vagamente las bellezas tropicales. No es Rubén Darío poeta cuya inspiración pueda circunscribirse en una parcela de terreno determinado. Su inspiración es una peregrina que corre por todos los países,

bajo todos los climas, con el mismo anhelo voraz de convertir en tangibles realidades los ensueños de la fantasía. El mismo poeta ha dicho:

Y tantas otras en tantos climas
y en tantas tierras siempre son,
sino pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón...

¿Ha de ser desdoro para un poeta esta condición cosmopolita que fácilmente le hace aclimatarse en todos los lugares donde puede sentir la belleza? ¿Acaso no se pudiera sostener, sin prurito de paradojear, que el poeta debe ser un judío errante á caza de la sensación dispersa por todos los rincones del planeta? Michelet ha dicho: «*L'homme est pelerin de sa nature; il y a longtemps qu'il est parti, et je ne sais quand il arrivera. Pour le mettre en mouvement il ne faut pas grand'chose*» (1). Si esto se ha dicho del hombre en general, ¿no se podrá aplicar mejor al poeta lírico en particular? El poeta lírico ha de ser un peregrino del ideal, sediento de patria y buscándola por toda la tierra... (2). Debe considerarse desterrado de un mundo mejor. Por consiguiente, mirará este universo «*avec des yeux aussi lointains que les étoiles*», como dijo Paul de Saint-Victor hablando de Gerardo de Nerval (3). Para el poeta lírico en cuanto tal poeta—aunque como ciudadano haya de ser tan patriota como el que más—todo el mundo debe servirle de patria y ha de decirse

(1) *Histoire de France*, II, cap. III, pág. 187.

(2) El poeta lírico ha de decir como Sócrates cuando estuvo fuera de Atenas: «Toda la tierra me sirve de una propia madre, todo el cielo de techo y todo el mundo de patria.»

(3) Véase las páginas que sirven de prefacio á *La Bohème galante par Gerard de Nerval*. — Michel Levy Frères; Paris, 1856.

con el Petrarca: «*Quid enim refert quam diversâ parte consistat? Valles quidam et lacus et flumina et colles alios videt. Cælum meum est. Illuc animum exigit; eo cogitationes suas ex omni mundi parte transmittit; nec aliud quam sub tecti unius amplexu, ex alio in alium thalamum transivisse cogitat.*»

Es significativo relacionar ese *cosmopolitismo lírico* de Rubén Darío con su catolicismo sentimental más que dogmático. Aquel á quien seduce el ideal de catolicidad, forzosamente ha de sentirse espiritualmente ligado con todos los hombres de la tierra por un igual. No conviene olvidar que el catolicismo es etimológicamente la religión universal; es decir, aquella que ampara bajo el mismo manto á los hombres caucásicos como á los mogoles, como á los oceánicos, y á los que pueblan las costas ardientes del mar Pacífico. El texto de San Pablo: *Ya no hay judíos, ni griegos, ni romanos, sino que todos somos hijos de Dios y hermanos en Cristo*, ha sido muchas veces invocado y siempre con provecho. En esto, todos los grandes espíritus de todos los tiempos, aun los más acatólicos, son un poco católicos. Los alemanes tienen á ufanía citar el nombre de Leibnitz, de cuyo *patriotismo literario* hablan desmedidamente. Un crítico francés, que, queriendo ser cosmopolita y universal, era simplemente patriota y francés, al tratar este punto—pues no hay francés que no sea un poco chauvinista si habla de un alemán—comentaba con cierta amargura que ese patriotismo es indiscutible y aun algo impertinente. «¿Por qué he de tomarme la molestia de discutirlo?... Ese patriotismo literario ha producido su efecto sobre el patriotismo alemán propiamente dicho», añadía. No vitupero yo este modo de ser y esta manifestación patriótica de una personalidad poderosa. Repetidas veces he tenido ocasión de ensalzar á poetas nacionales por muy nacionales; y no es razón que me desdiga de mis alegatos. Una cosa es la natural ondulancia de un espíritu — *l'es-*

prit ondoyant de que hablaba Montaigne—, y otra cosa es contradecirse todas las mañanas de lo que se dijo la noche anterior (1). Sigo creyendo con firmeza en las diferenciaciones nacionales, y no es para mí letra muerta la epopeya distinta que cada cual lleva en las venas. El internacionalismo me parece un bello ensueño utópico; y si alguna vez ha de realizarse, creo que la evolución hacia él se opera con extremada lentitud. Nada dice en contra de esto la tendencia á la difusión de unas cuantas lenguas con detrimento de las más débiles ó de los dialectos; me parece más fantástico aún el sueño de un idioma universal. Como hubiera llegado la hora de esta nivelación lingüística, ¿cuándo mejor que en nuestra

(1) El sabio crítico estético de Francia, Saint-Marc Girardin, que floreció en pleno romanticismo y que hacia 1848 era un ecléctico *enragé*, presentía, no obstante, los inconvenientes de este eclecticismo que se traduce también por versatilidad. «Yo era en la crítica literaria de ese partido del eclecticismo que tiene la desgracia de no estar jamás contento ni descontento de nada de este mundo, de modo que no puede jamás ni maldecir ni alabar el objeto de las maldiciones ó de las bendiciones del día; esto hace que los eclécticos, ya en literatura, ya en política, disfruten de una perpetua inoportunidad. Sé muy bien que hay entre nosotros espíritus fieros que dicen que esta inoportunidad es el signo y casi la recompensa de la sabiduría. Yo soy más humilde, y, sin querer, gracias á Dios, cambiar de actitud, veo los inconvenientes del eclecticismo y los confieso. Es una desgracia no poder, como el sabio de La Fontaine ó como el público de nuestros días, exclamar tan pronto ¡viva el Rey! como ¡viva la Liga! Es una desgracia amar á Racine al lado de Shakespeare y á Corneille al lado de Schiller. El público sigue más su capricho; no ama y no odia jamás sino á una persona á la vez; es cierto que cambia con frecuencia de odio y de amor; llega á la imparcialidad por la contradicción; el eclecticismo llega á ella por el equilibrio.» (*Souvenirs de voyages et d'études; Preface, I y II, Paris, 1853.*)

época, dominada por las transacciones comerciales? La industria tiene una lengua casi común en todos los países; si se sintiera la necesidad de uniformar aún más las lenguas, ¿por qué no habrían de haberse convenido todos los hombres en aceptar un idioma, por flojo é informe que estuviere aún? Perentoriamente, ¿por qué no habríamos de aceptar el *volapuk* ó el *esperanto*? Cuando una necesidad flota en el ambiente, lo que colma aquella necesidad, aunque sea de una manera incompleta, es aceptado por todos los hombres. Gutenberg descubrió la imprenta; otro cualquiera la hubiese descubierto, si no él, con unos años de retraso. Porque el mundo en el siglo xvi ya sentía la necesidad de la imprenta. Hoy, por el contrario, los idiomas tienden á una confusión universal, pero no á una uniformización. Lo que tendremos dentro de poco no será el *volapuk*, sino la nueva Babel. Especialmente, en la industria y en el comercio se habla un lenguaje nauseabundo que no se sabe si es francés, español ó chino. Luego los malditos *sports* acrecientan la confusión. Ahora sí que la Academia de la Lengua tiene razón de ser y encuentra campo abierto donde quemar malas hierbas. Porque se puede tolerar á un escritor docto, y en general á cualquiera persona ilustrada, que cometa galicismos, neologismos, britanismos y todos cuantos vicios de Gramática se le antojen, pues siempre se ha de suponer que lo hace *d sabiendas* y que conoce los recursos de la lengua que escribe; pero es insufrible que unos cuantos mercachifles y media docena de mentecatos que dan patadas á una pelota nos estropeen el tesoro del lenguaje que nuestros abuelos nos legaron y que Cervantes enalteció.

Es indudable que en los idiomas sigue marcándose una gran diferenciación; y nada prueba en contrario el hecho aducido por sociólogos y estadistas de que el inglés lo hablen muchos millones de almas y el francés otros cuantos

y el español no menos. Hemos de convenir en que el lazo de la lengua no resulta todo lo firme que quisiéramos. Porque si bien es verdad que es muy hermoso poder entenderse en nuestra propia lengua con un sujeto nacido allende el Atlántico, también es cierto que del español que habla un natural de Rosario de Santa Fe al que habla un nacido en Cambados, median casi tantas leguas como hay de mar y territorio entre ambos pueblos.

Para mí, individualmente, como temperamento, es muy doloroso todo lo que no sea vibrar al unísono de la tierra natal. Me siento tan íntimamente ligado por atavismos hereditarios con la tierra que mis abuelos pisaron, que no comprendo más alta poesía que la de cantar esa tierra. Mas por eso no dejo de reconocer, con la Historia en la mano, que espíritus muy altos y nobles han sido eternos *deracinés* y han soñado con una patria ideal para la humanidad entera. Bien sé que el *chauvinista* Michelet, ya citado, razonaba así: «La patria es una amante tras de la cual corremos también. Ulises no se cansó hasta que no vió humear los techos de su Itaca» (1). Mas también sé que el astuto Alfredo Naquet ha lanzado á la publicidad estas ideas, que son las de muchos hombres de su tiempo: «Á medida que el hombre progresa, que la inteligencia se eleva y que se purifica la moral, se amplía la idea de la patria... La ley de la humanidad se impone. No hay nada estacionario. Es preciso adelantar ó retrogradar. El estado presente no subsiste. Ó las patrias actuales se funden en la patria occidental primero, europea más tarde, mundial en fin, ó retrogradaremos hacia la provincia, hacia la ciudad, hacia la tribu. Nada pueden conseguir las esperanzas y las nostalgias. Lo mejor es inclinarse

(1) *Histoire de France*, II, cap. III, pág. 188.

hacia lo inevitable y favorecer la evolución humana, en vez de agotarse en esfuerzos tan dolorosos como estériles para dificultarla» (1).

En cierto plano mental, todos los pensadores han llegado á desprenderse de la idea de patria. Es un desatino tudesco considerar á Goethe y á Kant como fundadores de la patria alemana. Natural es que se llame «creador de la conciencia nacional alemana» á un Fichte, que obró directamente sobre la nación. Pero un Goethe, que no tuvo noción del *germanismo*, que vivió siempre en la patria universal de la contemplación filosófica del arte y de la ciencia, nunca es creador de patrias. Menos lícito es tener por creador de una conciencia colectiva á un filósofo como Kant, que se ha encerrado en su visión de la conciencia personal como única norma; que se ha aislado enfrente del deber y ha enseñado á aislarse á los demás, y que, si le ha enseñado algo al hombre, le ha enseñado á practicar un estoicismo heroico, altivo y solitario, y á vivir sólo de la vida interior. Tales espíritus son útiles á la idea de patria en el sentido de que la patria, una vez formada, se enorgullece de ellos, y con este enorgullecimiento el vínculo nacional se fortifica; pero contribuir así á la formación de la conciencia nacional por una especie de efecto retroactivo no es preparar la patria; porque no es inspirar el patriotismo, sino sólo mantener el fuego sagrado una vez que se ha encendido; es hacer patria, si queréis..., pero á condición de que esté ya constituída la nacionalidad.

En ese sentido se puede decir de los grandes poetas que son ciudadanos del mundo, ó bien de alguna patria particular que ellos aman y que no es la suya. Así de Enrique Heine ha podido decir Mathew Arnold: «Poseía el espíritu

(1) *La Humanidad y la Patria*, lib. II, cap. II, § I, págs. 176 y 177.

de Grecia y de Judea; ambos ingenios alcanzan á lo infinito, que es la verdadera meta de toda poesía y de todo arte... El espíritu griego por la belleza, y el espíritu hebreo por la sublimidad. Por la perfección de la forma literaria, por su amor á la sinceridad y á la belleza, Heine es griego; por su profundidad, por su calidad indómita, por *el anhelo que no puede expresarse*, es hebreo...» (1).

Otro tanto podría decirse de Rubén Darío. Heleno por la belleza de la forma, por el ansia de hacer obra de arte pulida y acabada como mármol de Paros, es hebreo por el anhelo inexplicable... Hay en sus cantos modulación hebraica —

(1) El mismo Heine trata de explicar estas dos tendencias de su espíritu, no como amalgamadas, sino como posteriores una á otra. Al principio, decía, traté mal á Jehová y al pueblo hebreo; y esto fué sin duda «á causa de mi naturaleza greco-pagana; mejor diría de parcialidad de mi espíritu ateniense que aborrecía el ascetismo de Judea. Mi predilección por el mundo helénico ha disminuido después. Ahora veo que los griegos no han sido más que bellos adolescentes (a), mientras que los judíos han sido siempre hombres, y hombres poderosos é indomables, no sólo antaño, en la antigüedad, sino aun hasta nuestros días, á pesar de diez y ocho siglos de persecución y de miseria. Después he aprendido á apreciarlos mejor, y si todo orgullo de nacimiento no fuese una contradicción flagrante en boca del campeón de los principios democráticos de la Revolución, el autor de este libro podría glorificarse de haber tenido antepasados pertenecientes á la noble casa de Israel, de ser un descendiente de esos mártires que han dado al mundo un Dios, que han promulgado el código eterno de la moral y que han combatido valientemente en todos los campos de batalla del pensamiento.» (*De la Alemania; Confesiones del autor*, tomo II, págs. 306 y 307; edición francesa. — Calmann Levy, editor, París, 1878.)

(a) Recordemos á Sófocles cuando decía: «El secreto de los griegos es que fueron siempre niños.»

concento lírico—y fascinación griega—, línea acabada y forma perfecta... Francis Jammes ha dicho de sí mismo: «Yo tengo á la vez el alma de un fauno y el alma de un adolescente...» Podríamos decir de Rubén Darío que es un fauno embutido en un profeta. Hay en él mucho de apocalíptico y mucho de rústico. Heleno lo es «con aire tal» hasta darnos la ilusión de

que á la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente (1).

Aunque Grecia y Judea sean las patrias espirituales de Rubén Darío, es evidente que el poeta, como todo mortal, tiene una patria territorial. Rubén Darío es nicaragüense; y nadie hubiera sospechado que en esa menuda republiquita de Centro América pudiera haber nacido un poeta de aliento mundial. ¡Es demasiado poeta para patria tan chical... La vasta Europa apenas podrá contener su grandeza lírica... Justo es, pues, que la pequeña República esté agradecida al poeta que la ha nimbado de gloria á los ojos del Viejo Continente. Por él se ha podido revelar al mundo gastado que también las nacionalidades jóvenes, y aun en formación, son susceptibles de poseer esos genios que las honran. Puede estar Nicaragua orgullosa de su poeta (2); y más ahora en que su gloria va consolidándose en España, recorriendo en triunfo todas las Repúblicas hispano-americanas y aun cruzando los ámbitos de Europa.

(1) *Cantos de vida y esperanza*, I, pág. 13.

(2) En León de Nicaragua, la ciudad principal de la República, sale á luz una publicación mensual titulada *El Alba*, y formada con materiales tomados de sus obras, á más de algún homenaje de un admirador. Sólo conozco el número de 28 de diciembre de 1907, que reza en la portada: segunda época, tomo III, núm. 4.º

La gloria le ha llegado tarde á Rubén Darío; pero le ha llegado al fin. Le ha llegado cuando se va haciendo viejo, es decir, cuando se torna algo divino. Porque á todos los grandes poetas les ocurre lo que les ocurría á los emperadores romanos; que cuando van caminando hacia la muerte empiezan á ser considerados como dioses. Unos aceptan este honor con toda la solemne gravedad y reverencia que corresponde á dignidad tan alta; otros, más humorísticos y, por consiguiente, más escépticos, lo toman á chacota, como aquel socarrón de Vespasiano que, ya agónico, aun tenía fuerzas para decir (según nos refiere Suetonio en el capítulo XXIII de su vida): *Ut puto, Deus fio*. («Á lo que parece, por lo que veo, me voy convirtiendo en un dios.»)

Hay caracteres poéticos de este temple que, aun en la hora de su muerte, dudan de la inmortalidad de su obra. Estos son los irónicos, los que toman á broma su investidura sacerdotal y su pontificado lírico. Tal el gran Heine, que en los últimos años de su vida se dedicaba á zaherir con sus dardos de *sedicente Aristófanes alemán al gran Aristófanes del cielo*, al gran Autor del Universo, que ha querido hacer sentir al pequeño autor terrestre «hasta qué punto sus sarcasmos más ingeniosos no eran en el fondo más que lastimosas picaduras de alfiler en comparación de los rayos de la sátira que el *humour* divino sabe lanzar sobre los míseros mortales».

No es Rubén Darío de este jaez; incapaz es de tomar á chacota su alto ministerio. No duda de que su misión de poeta es un sagrado sacerdocio. Se siente Pontífice lírico —no en el sentido malévolamente dogmatizador y fulminante anatemático *urbi et orbi*, sino en el noble sentido de ejercer su arte poseído de su grandeza y revestido de toda la pompa sacerdotal. En esto, como en muchas otras cosas, se asemeja al gran poeta español Salvador Rueda, de quien se le ha

querido presentar como antagonista para atizar odios infames. Ambos tienen almas candidas de niños, y ven la vida con ojos á la vez pueriles y sagaces. Son cuerpos de faunos temblorosos en almas de adolescentes suaves... Tienen la misma visión plena y cósmica del mundo vasto con todas sus bellezas fragmentarias...

Dejando esto aparte, justo es consignar que se ha exagerado el extranjerismo de Rubén Darío y su afición cosmopolita, su desligamiento de las tierras tropicales donde nació (1). Ciertamente no es el épico del trópico, y sería notoria adulación consignarlo así; mas la leyenda creada en torno suyo para hacerle el vacío en los comienzos de su carrera, suyo para hacerle el vacío en los comienzos de su carrera, poco después de llegar á España, ha añadido mucho á su

(1) «Sí; sois americano, panamericano — le dice el culto literato mexicano Justo Sierra —, porque en vuestros versos, cuando se les escucha atentamente, suenan rumores oceánicos, murmurios de selvas y bramidos de cataratas andinas; y si el cisne, que es vuestro pájaro heráldico, boga sin cesar en vuestros lagos helénicos en busca de Leda, el cóndor suele bajar á grandes saltos alados de cima en cima en vuestras estrofas épicas; sois americano por la exuberancia tropical de vuestro temperamento, al través del cual sentís lo bello; y sois de todas partes, como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira policorde la música de toda lira humana y la convertís en música vuestra... Vos no queréis ser de nadie; las únicas palabras de prosa que he encontrado en *Prosas profanas* son un «alzo el puente y me encierro en mi torre de marfil» que aprietan el corazón. Volved á la humanidad, volved al Pueblo, vuestro padre, á pesar de vuestras manos de marqués; á América, vuestra madre, á pesar de vuestra carta de naturalización en la república de Aspasia y de Pericles. Los poetas deben servirse de su lira para civilizar, para dominar monstruos, para llevarlos en pos suya hasta la cima de la montaña santa en que se adora el Ideal.» (*Peregrinaciones: Prólogo*, págs. 18 y 19; París, 1901.)

supuesto extranjerismo. Por lo menos hay que desglosar lo que ese extranjerismo tenía de *snobista* — aureola de que nimbaron al poeta sus propios enemigos para zaherirle... Por el mismo poeta, que se nos ha confesado, nos consta que no es esa su natural condición. Hablando de su extranjerismo é impugnando la leyenda en lo que tiene de falsa y denigrante, nuestro poeta hizo, con ocasión de su primera venida á España (aquella expedición que Rodó presagió que había de ser fecunda) (1), una solemne profesión de fe en una de las revistas semanales más leídas y bien redactadas de entonces, la malograda publicación de arte noble y moderno que nuestro gran damaturgo Benavente dirigió: *La Vida Literaria*. Allí se expresaba en esta forma: «Almuerzo, al parecer, con un símbolo escandinavo; meriendo con una teoría holandesa y como completamente á la rusa, *todo rociado de elixires franceses*. Así se dice que yo he contaminado

(1) «El poeta viaja ahora rumbo á España — decía el profesor de Montevideo en su nunca bien ponderado prefacio —. Encontrará un gran silencio y un dolorido estupor no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrelleva — menos como la Hécube de Eurípides que como la Dolorosa del Ticiano — la austera sombra de su dolor inmerecido. Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; *destáquese en la sombra la vencedora figura del Arquero*; hable á la juventud, á aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llegada pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...»

do á la juventud latino-americana, que ya no puede soportar más el alimento español. Examen de conciencia hecho, yo me confesaría sin temor á uno de los dos frailes Luises, ó si se quiere al buen Tirso de la Merced.»

Si Rubén Darío no es apenas tropical más que por el nacimiento — y por ciertas reminiscencias palpables en sus versos —, en cambio es español de raza. La melodía de la raza canta dentro de él... Siente la España tan intensamente como pueda sentirlo el más cumplido caballero español. Basta recordar versos suyos al azar; verbigracia:

Sire de ojos azules, gracias; por los laureles
de cien bravos vestidos de honor; por los claveles
de la tierra andaluza y la Alhambra del moro;
por la sangre solar de una raza de oro;
por la armadura antigua y el yelmo de la gesta;
por las lanzas que fueron una vasta floresta
de gloria y que pasaron Pirineos y Andes;
por Lepanto y Otumba; por el Perú, por Flandes;
por Isabel que cree, por Cristóbal que sueña,
por Velázquez que pinta y Cortés que domeña;
por el país sagrado en que Heracles afianza
sus macizas columnas de fuerza y esperanza,
mientras Pan trae el ritmo con la egregia siringa
que no hay trueno que apague ni tempestad que extinga;
por el león simbólico y la cruz, gracias, Sire... (1).

b) Rubén Darío es un poeta católico en medio de la abominable incredulidad ambiente. No es el suyo un catolicismo oficial y ortodoxo, naturalmente; pero siente la intensa poesía del catolicismo y ha cantado el encanto del arrepentimiento — lo cual es el primer paso para ser católico. Rubén Darío no ha hecho pública profesión de fe; ni ha ne-

(1) *Cantos de vida y esperanza*, III; *Al rey Oscar*, págs. 22 y 23.

cesitado de alardear de sus creencias, ni hacer acto solemne de retractación más ó menos lírica — como en Francia lo han hecho Verlaine, á partir de *Sagesse*; Francis Jammes, después de *Clairières dans le ciel* (1), ó el que alguien ha llamado *reporter* del simbolismo, á la vez crítico oficiante de la nueva escuela (nueva en su tiempo) y poeta practicante, Adolfo Retté, recién converso (2).

(1) En este volumen de poesías el autor escribe: «Los poemas *En Dieu* y *L'Église habillée de feuilles* son de los más recientes. Han sido escritos después de mi regreso al catolicismo: uno en 1906, otro en 1905.»

(2) Para que se aprecie el catolicismo que pugna dentro del alma de Rubén Darío con su inclinación á la filosofía epicúrea; para que se sienta latir bajo la letra impresa el pungente y conmovedor dualismo que es base de su espíritu poético, citaremos algunas páginas suyas que lo retratan al vivo. En el *Diario de Italia* escribe: «Había visto los frescos que representan á los buenos religiosos de antaño servidos por princesas piadosas, comiendo modestos platitos de sopa y huevitos pasados por agua. Pero también recordaba al portero, vigoroso y sonrosado á pesar de sus años; y los impagables ágapes á que he asistido en otras partes, invitado por mis amigos los frailes; el *embonpoint des chanoines* de que habla en su *Lutrin* el excelente Boileau; el chocolate de mis primeros maestros los jesuitas, y las venganzas de la simpática gula contra las terribles de la cuaresma. Místicas pinturas y la severidad del recinto borraron mis inoportunas reflexiones epicúreas. Allí, dentro de sus solitarios habitáculos unos cuantos hombres, fatigados del siglo ó consagrados á la meditación de Dios por vocación, sirven, como dice Durtal, de pararrayos. Oran piensan en la eternidad, saben domar la bestia, ascienden perpetuamente en la *beata solitudo*. Al salir, oigo un coro de alegres voces en charlas y vivas, lo cual no deja de sorprenderme. Y luego miro que las risas y las voces salen de las más frescas y rojas bocas que pueden ostentar garridas y frondosas adolescentes. Sí, me explico. Es un colegio de niñas. El Gobierno ha dispuesto que se le ceda la parte

Naturalmente, Rubén Darío no será católico para ciertos integristas que creen poseer el monopolio de la catolicidad. Mas yo estoy seguro de que Rubén Darío es un creyente, y porque cree subirá al cielo... Es de creer que á la puerta del cielo no sigan de alabarderos del catolicismo—como lo fueron en la tierra— los redactores de *El Siglo Futuro*. Porque con estas gentes es difícil ser católico *en paz*. No entienden sino un catolicismo extraño y retrasado de tres siglos. Así no comprenden el catolicismo de un Fogazzaro, que comenzó por demostrar en su temprana juventud (en una Memoria documentada y erudita) que las ideas darwinianas no eran contrarias á las ideas católicas, y que San Agustín había presentado el transformismo. Claro es que «el resultado no se hizo esperar—como dice el crítico italiano Jean Dornis—; el artista perdió la confianza de las personas de extremada piedad, que lo habían tenido hasta entonces por un ortodoxo, y los anticlericales despreciaron sus divagaciones». Pues yo quiero recordar á estas gentes de criterio estrecho unas palabras que pronunció en cierta ocasión el sutil espíritu de Leon Bloy, feroz integrista, especie de Nocedal francés: «Una sociedad donde se llega á creer que lo bello es una cosa obscena, y que el P. Bailly es un escritor, es evidente-

derecha del local. ¡Dios de Dios! Pero ¿qué está pensando el Gobierno? Estos varones del Señor buscan la soledad y se les planta junto á ellos la alegría en su más dulce forma; estos pobres ratones se aíslan y esperan la hora en que la descarnada gata se los ha de llevar, y les vienen á poner á las puertas de la cueva el queso. Pueden los fuertes religiosos luchar como Jerónimo, como Antonio, como Pacomio, pero si luego aparece un proceso famoso, echan las gentes la culpa á una comunidad de carne y hueso, en que la debilidad humana ó el imperio de la Naturaleza, como gustéis, se manifiesta.» (*Peregrinaciones*, págs. 209 y 210.—Viuda de Ch. Bouret; París, 1901.)

mente una sociedad formada por Satanás, con una atención angélica y una experiencia terrible...» Aplicando el caso á España, yo me digo: una sociedad donde Rubén Darío es un escritor obsceno para los católicos, y Polo y Peyrolón es novelista..., no sé cómo denominar á esa sociedad...

Rubén Darío es tan católico como pueda serlo un ferviente tradicionalista. Del helenismo, que en su primera juventud se le inoculó hasta los tuétanos, sólo conserva ciertas representaciones que emplea para dar la nota erótica, que ya en sus últimas poesías se desvanece. Esta observación de fórmulas mitológicas no empaña su acendrado espiritualismo. Porque, si así no fuese, difícilmente podríamos conciliar las creencias católicas con las expresiones poéticas de los mayores vates de fines del siglo xvii y de todo el siglo xviii. En aquella época, tan infiltrada estaba dentro de los espíritus cierta obsesión mitológica, cierta expresión poética, sosa y postiza, que hasta los más severos magistrados y aun graves eclesiásticos componían madrigales á Filis más ó menos sabrosas, en las cuales nombraban cada diez líneas á Venus, á Baco, el caramillo de Pan, las cavernas de Plutón, la onda del Leteo, las Nueve Hermanas, los Sátiros, las Ninfas y la fuente de Hipocrene... ¡Malhadados tiempos en que la expresión natural y fresca era substituída por la expresión afectada, y en que no se podía llamar por su nombre á una nena bonita, habiéndolos tan lindos en el calendario cristiano!... Decídes á aquellos togados y á aquellos clérigos que ellos no eran católicos, por envolver el cadáver de sus versos en esa mortaja de mitología *enrubannée*, como dicen los franceses, que convertía la mitología en «*la monnaie de Greuze*», según una frase de Saint-Beuve, y hubiéraislos visto saltar irritados. Pues bien: Rubén Darío sólo retiene del helenismo ese vago rumor ritual de metáforas que han cristalizado en la expresión poé-

tica como fórmulas insubstituíbles. Retiene además, ¿cómo negarlo?, cierto *panerotismo* místico casi; tal es la unción panteísta con que se expresa. Por esto del erotismo espiritualista ya me van vituperando más de la cuenta algunos mozos que se han constituido en vigilantes de la raza y como trompeteros de la moral social (1). Porque lo más impertinente del caso es que los tales mozos no hablan amparados en la moral tradicional que nuestros católicos abuelos nos legaron, sino que se inspiran en las severas máximas de la moral independiente ó post-kantiana. Pues sepan vuestras mercedes, galanes cejjuntos, que las grandes empresas llevadas á cabo por la humanidad han sido tareas de pueblos y de individuos muy sensuales. Que la sensualidad es la fuerza impelente de las sociedades; que por la sensualidad se han acometido todas las vastas empresas. ¿Será necesario decir que en el impulso que movió á las Cruzadas iba integrada una visión de mujeres lejanas, voluptuosas como odaliscas y perfumadas como huríes? Los pueblos orientales, los más sensuales de los pueblos, han podido ascender hacia el éxtasis místico precisamente á causa de su sensualidad (2). Pero

(1) Para más informes sobre mi defensa del erotismo, remito á mi *Historia de la novela en España*, al hablar de Salvador Rueda y de Felipe Trigo (caps. IX y X), y á mi libro *Los grandes maestros: I. Salvador Rueda y Rubén Darío*. El que no pueda procurarse estos libros procúrese al menos *La Altísima*, de Felipe Trigo, y *La Cópula*, de Salvador Rueda (segunda edición), con sendos prólogos míos.

(2) Un poeta persa dice dirigiéndose á Dios: «Vuestra belleza, ¡oh Señor!, aunque está oculta detrás de un velo, es la que ha hecho un número infinito de amantes y de enamoradas. Por el atractivo de vuestros perfumes, Seyla encantó el corazón de Medynun; por el deseo de poseeros lanzó Vamek tantos suspiros por la que adoraba.» Michelet, que cita estos versos, comenta así el caso: «Este misticismo de los Alidas les ha hecho aplicar muchas veces á la devoción el

dejemos hablar al mismo poeta (*Balada en honor de las musas de carne y hueso*):

Nada mejor para cantar la vida,
y aun para dar sonrisas á la muerte,
que la áurea copa en donde Venus vierte
la esencia azul de su viña encendida.
Por respirar los perfumes de Armida
y por sorber el vino de su beso,
vino de ardor, de beso, de embeleso,
fuérase al cielo en la bestia de Orlando:
¡Voz de oro y miel para decir cantando:
la mejor musa es la de carne y hueso!

Cabellos largos en la buhardilla,
noches de insomnio al blancor del invierno,
pan de dolor con la sal de lo eterno
y ojos de ardor en que Juvencia brilla;
el tiempo en vano mueve su cuchilla,
el hilo de oro permanece ileso;
visión de gloria para el libro impreso
que en sueño va como una mariposa,
y una esperanza en la boca de rosa:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!..

Por si estas admirables estrofas, de desigual y quebrado ritmo, no bastasen, añada en la última muy significativamente:

*No protestéis con celo protestante
contra el panal de rosas y claveles
en que Tiziano moja sus pinceles
y gusta el cielo de Beatrice el Dante.*

lenguaje del amor, así como les ha dado una tendencia á elevarse del amor de lo real al de lo ideal.» (*Histoire de France au moyen âge*, vol. II, cap. III; *La Cruzada*, pág. 185, nota.)

Por eso existe el verso de diamante,
por eso el iris tiéndese, y por eso
humano genio es celeste progreso.
Líricos cantan y meditan sabios
por esos pechos y por esos labios:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!... (1).

Después de esto, ya nada me queda por decir, calvinista Unamuno y luterano Maeztu. Mas no es tan extraña la actitud de estos dos pensadores independientes — que siempre han puesto muy alta su fama de originales y aun extravagantes — como el hecho de que esta actitud sea remedada por ciertos polemistas católicos. ¡Cómo así, reverendos!... Cualquiera diría que el catolicismo está en vías de protestantizarse. El día en que asistamos á la *protestantización* del catolicismo, habremos asistido á su muerte (2). Porque el protestantismo lleva en sí el germen de disolución: el libre examen. ¡Lado sea Dios que permite que aun nazcan entre nosotros poetas como Rubén Darío, el cual, si bien no es practicante ó *culturalista*, tiene una mentalidad tan profundamente católica! El catolicismo de Rubén Darío no tiene tendencia alguna al protestantismo; más bien está cerca del mahometismo. Y esto es lo que conviene al catolicismo en general: aproximarse al mahometismo y separarse del protestantismo. El mahometismo tiene más afinidad con nuestra religión; no sería difícil demostrar cuánto elemento católico se ha introducido en el mahometismo, y esto consti-

(1) *El Canto errante*.

(2) En Francia ya se ha podido notar este fenómeno. «Creo que la Francia católica está *en train de se protestantiser*. León Bloy tiene razón en dar el grito de alarma; el Arte se ha convertido en sinónimo de pecado.» Véase á Jean de Gourmont: *Mercur de France; Revue du mois; Littérature*. Diciembre de 1904, núm. 180, t. LII, pág. 735.

tuiría un curioso estudio comparativo, hecho por Mauricio Vernes ó por alguno de estos sabios especialistas en Historia de las Religiones. Puedo adelantar, en esbozo, que los mahometanos han seguido los pasos de la religión católica en todo, lo cual es rendirla indirectamente *homenaje de admiración*. Han rechazado el culto de la Virgen, y, no obstante, han admitido que Fátima, á quien llaman la Dama del Paraíso, entrará la primera después de Mahoma en la bienaventuranza. Algunos sectarios de Alí sostienen que, al ser madre, Fátima permaneció virgen y que Dios se ha encarnado en sus hijos (la Encarnación cristiana) (1); también en Persia y en Siria sostienen algunos escitas que Alí es hijo de Dios. «Los mismos escitas, que no se han atrevido á decir que *Alí era Dios*, han estado persuadidos de que poco faltaba, y los persas dicen muchas veces: Yo no pienso que Alí sea Dios; pero no creo que esté lejos de ello» (2). Por otra parte, las hurfes son figuras menos sensuales y voluptuosas de lo que se imagina; hay en esta creación del mahometismo mucha idealidad de vírgenes cristianas (3). Hasta geográficamente estamos más obligados á gravitar hacia el mahometismo, radicado en África, que hacia el protestantismo, religión privativa de la Europa septentrional.

c) Rubén Darío no es un poeta solamente decadente ó simbolista, como se ha publicado por ahí, quizá en desdoro

(1) Vid. M. Reinaud: *Description des monuments musulmans du cabinet de M. de Blacas*, t. II, págs. 130 y 132.

(2) Vid. Reinaud: *Ibidem*, pág. 163.

(3) En resumidas cuentas, lo único que separa á los mahometanos de nosotros es que nosotros tenemos el libre albedrío y ellos tienen el sistema de la fatalidad — modernamente determinismo —, «principio destructor de toda religión», como decía el ateo Helvecio. (*De L'Esprit*, discurso II, cap. XXIV.)

suyo. Rubén Darío ha recorrido todas las escuelas, sin detenerse en ninguna más que el tiempo necesario para demostrar que podía honrarla, no ya como discípulo, sino como maestro. Ha sido sucesivamente clásico (en *Epístolas y Poemas*), romántico á lo Heine y romántico á lo Hugo — es decir, romántico-humorístico y romántico-sublime —, cam-poamoriano, *núñezdearcesco*, parnasiano á la manera francesa, parnasiano á la manera española (Manuel Reina, Rueda en la primera época), simbolista y decadente verleniano. Ha pulsado la lira en todas sus cuerdas (1).

Mas nunca ha sido exclusivista de ninguna escuela poética. Jamás sintió piques de ninguna especie porque le catalogasen en esta ó en la otra escuela. Jamás sintió lo que se ha llamado *la superstición del género literario*, en la cual consiste el verdadero mal de la literatura, en ese cierto *arreglo de materias*, en ese orden «que está consagrado por tradiciones muchas veces seculares, que una generación después de otra recoge ciegamente de la anterior y que es esencialmente falso: el arreglo según el principio de los géneros literarios» (2). Superstición á la cual sólo puede asimilarse la superstición de la escuela literaria. En nuestros pueblos unilaterales é inflexiblemente dogmáticos, no se concibe que un autor componga á la vez elegías, odas, epigramas, anacreónticas, ovillejos, ni que sea á la vez romántico, escultural é instrumentista. El elegíaco ha de ser forzosamente elegíaco; el epigramático nunca escribirá una oda; y el que hace odas, jamás debe de componer un drama. El que se declaró discí-

(1) Ahora se comprenderá el objeto de mis reflexiones (que algunos llamarán divagaciones) al comienzo de este estudio.

(2) Véase á Alberto Schinz: *La superstition du «genre littéraire»*, I, (*Mercure de France*, 15 de noviembre de 1905, núm. 202, t. LIX, página 162.)

pulo de Bécquer nunca podrá hacer sus poesías á la manera de Núñez de Arce, y viceversa. Así nos luce el pelo con este *unilateralismo* á todo pasto.

Rubén Darío no es un unilateral; es un multiforme, un polifacético. Ha tentado todos los géneros y no se ha encastillado en ninguno; ha visitado todas las escuelas y no se ha afratelado á ninguna. Las prescripciones y divisiones de la vieja retórica son para él letra muerta. Tal es en nosotros la fuerza de la costumbre (1), que aceptamos sin revisión las

(1) Es curioso observar cómo los británicos — espíritus prácticos — han sido los primeros en protestar contra esta tiranía, de la que Pascal llamaba *la segunda naturaleza*. De un poeta inglés, no recuerdo cuál, son estos dos versos, que hace mucho tiempo aprendí de memoria:

*Custom hang upon us with a weight
heavy as frost, and deep almost as life...*

(«La costumbre pesa sobre nosotros con una carga tan pesada como intolerable y tan profunda casi como la vida.») Confirmando al poeta, un fisiólogo, el gran Huxley, también inglés, ha dicho, hablando del poder de la costumbre: «Hay un relato que es bastante creíble, aunque pueda no ser cierto (*which is credible enough, though it may not be true*), de un bromista de profesión (*of a practical joker*) que, viendo á un veterano desarmado (*a discharged veteran*) llevar á casa la comida, le gritó de súbito: ¡Atención!, con lo cual el hombre inmediatamente bajó las manos, se cuadró (*instantly brought his hands down*) y perdió su carnero y sus patatas, tirándolas al arroyo (*and lost his mutton and potatoes in gutter*). El ardid había sido perfecto (*the drill had been thorough*) y sus efectos se habían incorporado á la estructura nerviosa del hombre.» (*Elementary Lessons in Physiology*, lección XII.) — Por último, un crítico, ó más bien un ensayista, uno de esos ensayistas que tanto abundan en la Gran Bretaña, ha escrito acerca de la fuerza del hábito: «Lo que yo aquí señalaré en la costumbre es su maravillosa eficacia para hacérselo todo agradable

más disparatadas legislaciones. Por ejemplo, la retórica añeja establecía una distinción radical y profunda entre el lenguaje de la prosa y el de la poesía, pero no eran capaces de especificar en qué consistía esta diferenciación. «Estos pro-saísmos de locución se adivinan, se sienten mejor que se explican», dice uno de los más cultos y *oxigenados* precep-

(*what I shall here take notice of in custom, is its wonderful efficacy in making everything pleasant to us*). Una persona se dedica á jugar, aunque encuentre al principio poco deleite en ello (*a person who is addicted to play or gaming, though he took but little delight in it at first*); por grados contrae una inclinación tan fuerte á ello y se entrega á ello tan por completo, que parece el único fin de su existencia (*by degrees contracts so strong an inclination towards it and gives himself up so entirely to it, that it seems the only end of his being*). El amor á una vida retirada ó agitada (*the love of a retired or busy life*) crecerá en un hombre insensiblemente á medida que va entrando en la una ó en la otra, hasta que esté imposibilitado en absoluto para volver á aquello á que estuvo desacostumbrado por algún tiempo. Más aún: un hombre puede fumar ó beber ó tomar rapé hasta que es incapaz de pasar de ningún modo el tiempo sin esto, sin mencionar cuánto aumenta nuestro deleite en un estudio particular, arte ó ciencia, en proporción á la aplicación que hace de él (*in proportion to the application which we bestow upon it*). Así, lo que era al principio un ejercicio, se convierte al fin en un entretenimiento. Nuestras tareas se transforman en nuestras diversiones (*Our employments are changed unto our diversions*). El espíritu se aficiona á esas acciones á que se acostumbra (*the mind grows fond of those actions she is accustomed to*), y se aparta con dificultad de los senderos por los cuales solía caminar (*and is drawn with reluctance from those paths in which she has been used to walk*).» (*The Spectator*, núm. 447.)

— El duque de Wellington acostumbraba (¡aún el poder de la costumbre!) á decir: «*Habit: a second nature... Habit is as ten natures.*» (El hábito, una segunda naturaleza!... El hábito es como diez naturalezas.)

tistas que tuvimos en España á últimos del pasado siglo, el Dr. Pedro Felipe Monlau. Y cita como ejemplos de prosaísmos versos «explicativos» ó «descriptivos», donde forzosamente ha de usarse el lenguaje corriente y no un lenguaje arcangélico preparado *ad hoc*— versos como éste de Lope de Vega, en *Siglo de Oro*:

No haciendo distinción de tiempo alguno;

ó como éste de autor desconocido en un soneto á las exequias de D.^a Isabel de Borbón, esposa de D. Felipe IV:

Este grandioso túmulo erigido... (1).

Esta misma preceptiva, tan rígida con el lenguaje natural y no afectado, era en cambio indulgentísima para tolerar figuras de dicción tan innecesarias como la epéntesis y la paragoge, y consentía atentados gramaticales como el de suprimir artículos á porrillo ó desafueros ortográficos, como cambiar el orden de los acentos, pudiendo decirse, verbigracia, *ferétro* por *féretro*, ó *sincero* por *sinécro*, ni más ni menos que hacen hoy los chulos de López Silva. ¡Licencias que serían ridículas si no fuesen inocentes!...

Con esta retórica fósil, no con las sanas reglas de la Gramática y de la Lógica, ha venido á romper la nueva escuela. Si algún aberrado, ó más probablemente algún ignorante, ha róto con estas últimas, yo, á riesgo de que se me llame pontifical, dictamino: *anathema sit*. Yo no me erijo en pontífice; lejos de mí tal pretensión; pero todos tenemos el privilegio de dogmatizar sobre ciertos puntos, como son, por ejemplo, las intangibles reglas de la Gramática y de la Lógica.

(1) *Elementos de Literatura ó Tratado de Retórica y Poética*, parte segunda, sección segunda, III, § 514, págs. 262 y 263; cuarta edición.— Madrid, 1862.

Rubén Darío no es un poeta sometido á reglas ni á preceptos rancios; pero sabe conservar el respeto debido á las nobles mátronas predichas. Desafío á cualquiera que me señale un defecto grave de Gramática en un verso de Darío. ¡Como si él no estuviese tan educado en los clásicos como el que más y tan avezado á hablar este castellano limpio y neto que da envidia á los ángeles!... Los muy pazguatos que le han ridiculizado y puesto en caricatura libráranse muy bien de insinuar nada que afecte á su decoro literario. Digan enhorabuena que en sus testudes no cabe la comprensión de los finisimos matices que atesora la obra lírica de Rubén Darío; pero guárdense muy bien los deslenguados de decir que este poeta es anticastellano, porque ya él les ha avisado de que, «examen de conciencia hecho», no temería confesarse á fray Gabriel Téllez ó á cualquiera de los dos Luis (1).

(1) Por lo demás, esta imputación hecha á los modernistas de desdeñar la lengua castellana y querer empañarla con galicismos *dissolventes*, es absolutamente falsa y necia, como inventada por adversarios injustos. Para probarlo, podríamos ensartar una disertación monitoria altamente laudable. Supla á la disertación un documento, que es más convincente en esta crítica moderna tan necesitada de solidez como una ciencia natural ó exacta. El documento es un admirable *sonetino* de uno de los representantes más caracterizados de la nueva lírica en América, el sutil Leopoldo Díaz. El soneto se titula *La lengua castellana*, y dice así:

Claro y límpido raudal
es la lengua que yo adoro,
la lengua de versos de oro
y de vibración marcial.
Es dúctil como el metal
y rica como el tesoro
que dejó Boabdil el moro
allá en su Alhambra oriental.

Rubén Darío no está apegado á fórmula poética alguna ni opta por ninguna divisa especial. No es plenamente parnasiano, aunque ha cultivado mucho esta nota poética, porque para ello hubiera necesitado despojarse de una sensibilidad que le llena todo el ser, y ser simplemente un orfebre del verso, que es lo que han sido únicamente los más cumplidos parnasianos (1). Rubén Darío que, cuando quiere, sabe ser un parnasiano por la nitidez del contorno y la concisión relampagueante (2), deja muchas veces el primer puesto á la sensibilidad, á la emoción poética (sobre todo á partir de la segunda época, señalada en su poesía con *Cantos de vida y esperanza*), y eso hace que á veces la expresión falte, *fait défaut*, como dicen los franceses, y que se torne blando, desaliñado, difuso y aun gelatinoso en la expresión.

Como clarines al viento,
vibra su broncíneo acento
en la ira ó el dolor.
Y son sus cláusulas graves,
amorosos trinos de aves
sobre las lilas en flor.

(1) Emilio Faguet ha dicho de José María de Heredia poco después de su muerte: «No es esto decir que sea el mayor poeta de la historia literaria; porque su imaginación no era rica y su sensibilidad apenas se ha manifestado en sus obras; pero es decir que es uno de los dos ó tres artífices ú obreros (*ouvriers*) en verso más milagroso que el mundo haya conocido. La posteridad se maravillará de esto y aprenderá en él más que en cualquier otro el arte de escribir.» (*Revue des Poètes*, 10 de octubre de 1905.)

(2) Estas dos condiciones son las que principalmente caracterizan la poesía parnasiana, que no ha nacido en 1880, sino que es de todos los siglos, en cuanto que estas cualidades han sido siempre privativas de algunos poetas. Compárense Anacreonte, Calímaco, Lucrecio, Catulo, los poetas de la Antología griega; y viniendo á nuestra época, Cabanyes en España, Gautier y Heredia en Francia.

Tampoco es Rubén Darío totalmente simbolista más que á ratos, por la sencilla razón de que muchas veces es parnasiano, esto es, escultural, *lineal*, según la regla de Baudelaire (que en esto no supo anticiparse al simbolismo, aunque por otra parte fuese uno de sus precursores):

Je hais le mouvement qui deplace les lignes...

Los simbolistas—que, en cuanto técnicos, se han llamado también instrumentistas—han adoptado el emblema de su cofrade Francisco Vielé-Griffin:

Notre art n'est pas un art de lignes et de sphères.

El simbolismo se distingue ante todo por ser un arte de sugestión, de penetración psicológica (1). Gusta de poetizar con especial delectación el fenómeno que un insigne estético alemán ha denominado *einfiuehlung* ó *intropatía* (2), y que algunos psicólogos franceses han llamado visión central (3). Rubén Darío ha sabido ser simbolista; pero no se

(1) «Pienso que sólo es necesaria una alusión — decía Mallarmé, el padre de la escuela—. El contemplar los objetos, el contemplar la imagen que surge de los ensueños suscitados por ellos, ese es el canto. Los parnasianos examinan y muestran el objeto; fáltales así el misterio.»

(2) Th. Lipps: *ÆSTHETIK*; I Theil: *Grundlegung der Æsthetik*.— Leipzig, 1904.

(3) «Un objeto que penetra en la conciencia por medio de la percepción se asemeja á la piedra que se arroja al agua; vemos menos la naturaleza de la piedra que los temblores de la superficie líquida. Los simbolistas, colocados ante un paisaje, no tanto han querido describir estos árboles, estas rocas, esta luz, como han tratado de notar las vibraciones de su alma al contacto de este espectáculo... El simbolismo ó actitud poética contemporánea se sirve de imágenes sucesivas ó acumuladas para exteriorizar una intuición lírica.» (Tancredi de Visan: *Le Idéal symboliste; Essai sur la mentalité lyrique contemporaine; Mercure de France*, 16 de julio de 1907.)

ha estancado aquí. Ha recorrido todos los estadios por los que la lírica pasó sucesivamente en el siglo pasado. Roberto de Souza, estudiando la evolución de la lírica francesa, ha llegado á decir: «Una oda de V. Hugo es aún un *discurso* en tres partes; un poema de Musset, un *alegato*; otro de Leconte de Lisle, una *narración* precisa y documentada. Nos hemos esforzado por dar á la poesía su valor de arte particular, independiente de toda otra forma de expresión. Ese es el descubrimiento cierto y absoluto del simbolismo» (1). La lírica de Rubén Darío ha pasado por todas estas etapas; así ha alcanzado la solidez y la seguridad que hoy tiene (2).

Rubén Darío no es ya un parnasiano, ni un simbolista, ni un clásico, ni un romántico solamente. Es simplemente un gran poeta, uno de esos poetas vastos que resumen una época; un poeta que, habiendo llegado á ser un perfecto crítico de sí mismo, como aconsejaba Boileau:

Soyez-vous à vous-même un severe critique,

ha logrado alcanzar á momentos esa expresión única, esa perfección absoluta que hace dejar doscientos versos *indescritibles*, como decía el viejo Malherbe; lo cual basta para una gloria imperecedera. Un poeta que tiene talento natural (*ingenium*), mente suprahumana y casi divina (*mens diviniior*) y una voz que pronuncia palabras magníficas (*os magna sonaturum*), según reza la estrofa latina:

Ingenium cui sit, cui mens diviniior atque os magna sonaturum, des nominis hujus honorem...

*
*
*

(1) *Où nous en sommes*, pág. 40.

(2) En alguna de sus poesías podría señalarse el discurso; en otras, la narración; acaso nunca se encuentre el alegato.